

PEREGRINOS EN LA DIÁSPORA

Se me ha sugerido que los retiros de este curso giren en torno a la preparación del jubileo anunciado por el Papa Francisco para el año 2025. El lema propuesto por él reza así: ***Peregrinos de la esperanza***. Es necesario e importante, según dice el Papa, restablecer un clima de esperanza y confianza en la sociedad y la Iglesia, tras los años de la pandemia y la situación tensa del mundo. Es capital afrontar los retos de nuestro mundo y, en él, de la Iglesia, con esperanza gozosa, con la seguridad y certeza que el Señor camina con nosotros.

La carta del Papa a Monseñor Rino Fisichella, encargándole la preparación del jubileo, precisa la finalidad y sentido del mismo. He aquí unos párrafos más significativos. El Papa, después de evocar la situación del mundo después de la pandemia, que tanto ha afectado a la sociedad y a la acción apostólica de la Iglesia, escribe:

Debemos mantener encendida la llama de la esperanza que nos ha sido dada, y hacer todo lo posible para que cada uno recupere la fuerza y la certeza de mirar al futuro con mente abierta, corazón confiado y amplitud de miras. El próximo Jubileo puede ayudar mucho a restablecer un clima de esperanza y confianza, como signo de un nuevo renacimiento que todos percibimos como urgente. Por esa razón elegí el lema *Peregrinos de la Esperanza*. Todo esto será posible si somos capaces de recuperar el sentido de la fraternidad universal, si no cerramos los ojos ante la tragedia de la pobreza galopante que impide a millones de hombres, mujeres, jóvenes y niños vivir de manera humanamente digna. Pienso especialmente en los numerosos refugiados que se ven obligados a abandonar sus tierras. Ojalá que las voces de los pobres sean escuchadas en este tiempo de preparación al Jubileo que, según el mandato bíblico, devuelve a cada uno el acceso a los frutos de la tierra: «podrán comer todo lo que la tierra produzca durante su descanso, tú, tu esclavo, tu esclava y tu jornalero, así como el huésped que resida contigo; y también el ganado y los animales que estén en la tierra, podrán comer todos sus productos» (Lv 25,6-7).

Por lo tanto, la dimensión espiritual del Jubileo, que nos invita a la conversión, debe unirse a estos aspectos fundamentales de la vida social, para formar un conjunto coherente. ***Sintiéndonos todos peregrinos en la tierra en la que el Señor nos ha puesto para que la cultivemos y la cuidemos*** (cf. Gn 2,15), no descuidemos, a lo largo del camino, la contemplación de la belleza de la creación y el cuidado de nuestra casa común. Espero que el próximo Año Jubilar se celebre y se viva también con esta intención. De hecho, un número cada vez mayor de personas, incluidos muchos jóvenes y adolescentes, reconocen que el cuidado de la creación es expresión esencial de la fe en Dios y de la obediencia a su voluntad.

Y el escrito papal añade a continuación unas orientaciones, que confía sean convenientemente concretadas en la Bula de convocación del jubileo. He aquí lo propuesto por el Papa.

En esta perspectiva, la peregrinación hacia el Jubileo podrá fortificar y manifestar el camino común que la Iglesia está llamada a recorrer para ser cada vez más claramente signo e instrumento de unidad en la armonía de la diversidad. Será importante ayudar a redescubrir las exigencias de la llamada universal a la participación responsable, con la valorización de los carismas y ministerios que el Espíritu Santo no cesa de conceder para la edificación de la única Iglesia. Las cuatro Constituciones del Concilio Ecuménico Vaticano II, junto con el Magisterio de estos decenios, seguirán orientando y guiando al santo pueblo de Dios, para que progresa en la misión de llevar el gozoso anuncio del Evangelio a todos.

Según la costumbre, la Bula de convocación, que será publicada en su momento, contendrá las indicaciones necesarias para la celebración del Jubileo de 2025. En este tiempo de preparación, me alegra pensar que el año 2024, que precede al acontecimiento del Jubileo, pueda dedicarse a una gran “sinfonía” de oración; ante todo, para recuperar el deseo de estar en la presencia del Señor, de escucharlo y adorarlo. Oración, para agradecer a Dios los múltiples dones de su amor por nosotros y alabar su obra en la creación, que nos compromete a respetarla y a actuar de forma concreta y responsable para salvaguardarla. Oración como voz “de un solo corazón y una sola alma” (cf. *Hch* 4,32) que se traduce en ser solidarios y en compartir el pan de cada día. Oración que permite a cada hombre y mujer de este mundo dirigirse al único Dios, para expresarle lo que tienen en el secreto del corazón. Oración como vía maestra hacia la santidad, que nos lleva a vivir la contemplación en la acción. En definitiva, un año intenso de oración, en el que los corazones se puedan abrir para recibir la abundancia de la gracia, haciendo del “Padre Nuestro”, la oración que Jesús nos enseñó, el programa de vida de cada uno de sus discípulos.

Teniendo esto en cuenta, propongo, para los retiros de este curso, adentrarnos en un primer momento en las dos palabras claves de la propuesta del Papa: *peregrinos y esperanza en las Escrituras*. ¿Qué implica vivir como peregrinos para personas y comunidades llamadas por el Señor y enriquecidas con el carisma particular de la secularidad consagrada? ¿Dónde se encuentra nuestra verdadera esperanza, la que no defrauda? Mi propósito es ofrecer pistas para la oración. Cuando la Bula dé más concreciones y las comunidades parroquiales se pongan en camino, todos estaremos atentos a descubrir nuevas perspectivas y caminos para lograr la finalidad del jubileo. ***El camino de la esperanza es necesario hacerlo siempre en comunidad.***

En este primer retiro, abordaré el sentido bíblico de la palabra peregrinos de acuerdo con el ser y la misión de la comunidad de los discípulos de Jesús en medio de los pueblos de la tierra. ***Peregrinos en la diáspora.***

I.- BREVE RECORRIDO POR LAS ESCRITURAS

1.- EL Antiguo Testamento

El libro del Génesis presenta ya la vida como una peregrinación. Es interesante notarlo, pues nos recuerda la «provisionalidad de la existencia humana». Los hijos de Israel bajan a Egipto, para poder sobrevivir ante la amenaza del hambre, como sucede hoy en muchos emigrantes. José hizo bajar a su padre Jacob a Egipto y se lo presentó al faraón. La narración de este encuentro es muy significativa. Jacob saluda y se despide del faraón con una bendición. Jacob presenta su vida como una peregrinación. «Ciento treinta son los años de mi peregrinación».

José hizo venir a su padre Jacob y se lo presentó al faraón, y Jacob saludó al faraón con una bendición. El faraón le preguntó: «¿Cuántos años tienes?». Respondió Jacob al faraón: «Ciento treinta son los años de mi peregrinación. Pocos y malos han sido estos años de mi vida, y no llegan a los que vivieron mis padres en su peregrinación». Después se despidió del faraón con una bendición y salió de su presencia. José instaló a su padre y a sus hermanos, y les dio propiedades en Egipto, en lo mejor del país, en la región de Ramsés, como había mandado el faraón. Además, José proveyó de pan a su padre, a sus hermanos y a toda la casa de su padre, hasta los más jóvenes. (Gen 47, 7-12; cf Gen 23, 4; 1Cro 29, 15)

La existencia es una peregrinación por la tierra. Israel se despide de faraón con una bendición. Es interesante notarlo: los peregrinos de Dios estaban llamados a ser una bendición para las familias de la tierra. Así se lo había dicho el Señor a Abrahán:

El Señor dijo a Abrán: «Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré. Haré de ti una gran nación, te bendeciré, haré famoso tu nombre y serás una bendición. Bendeciré a los que te bendigan, maldeciré a los que te maldigan, y en ti serán benditas todas las familias de la tierra». (Gen 12, 1-3)

Jacob bajó a Egipto, pero estaba de paso. No era su destino. Cuando los hijos de Israel se instalaron en Egipto, se olvidaron de Dios. Fue necesario que hicieran la experiencia de la opresión, para que su grito se alzase hasta Dios. El ser humano en la tierra es un peregrino; y cuando se instala en ella tiende a olvidarse de Dios. Además tiende a usar de la tierra como un déspota y no como usufructuario que debe cultivarla con agradecimiento. Olvidar la condición de peregrino, alimenta la tentación de instalarse en el mundo, de apropiárselo y dominar sobre los demás.

Israel, liberado de la esclavitud de Egipto, vivirá como peregrino durante cuarenta años a través del desierto, conducido por el Señor hacia la tierra de la libertad. El desierto es el camino de la fe y de la alianza; pero también de la prueba y la tentación.

Cuando se instale en la tierra prometida, ya se lo advirtió el Señor, no debe olvidarlo: la tierra es don suyo. Olvidar que la tierra es don del Señor amenaza la vivencia de una auténtica ecología integral. Los capítulos ocho y nueve del Deuteronomio son muy significativos en este sentido. Ni el trabajo ni la creatividad hacen del hombre el dueño de la tierra, Su fuerza para trabajar es don de Dios. La fecundidad de la tierra es también don suyo. Israel debe avanzar siempre en la dependencia del Señor. El jubileo, tal como se presenta en el libro del Levítico, recuerda que la tierra es dada y confiada por el Señor. ***Aprendamos a vivir del don de Dios.*** He ahí una dimensión importante de la condición del pueblo peregrino. Este no puede instalarse en el camino. La espiritualidad de la provisionalidad es muy importante; pero evitando caer en la pereza. Dios da sus dones para que los cultivemos a favor de todos.

Los patriarcas del pueblo de Israel se presentan como los peregrinos de la fe y la esperanza, como verdaderos nómadas de la fe, en medio de los pueblos de la tierra, de las familias humanas. El pueblo de Israel, como insisten, una y otra vez, los profetas de la alianza, ha de estar siempre de camino hacia el cumplimiento futuro de las promesas. No puede volver al pasado ni instalarse en el presente. El pueblo elegido es un pueblo peregrino, de camino hacia el futuro anunciado por el Señor del cielo y de la tierra.

El primer libro de las Crónicas se cierra con una bella y significativa oración de David antes de su muerte biológica. Una oración que brota de su corazón creyente, en el momento de concluir su peregrinación:

«Bendito eres, Señor, Dios de nuestro padre Israel, por los siglos de los siglos. Tuyos son, Señor, la grandeza y el poder, la gloria, el esplendor, la majestad, porque tuyo es cuanto hay en cielo y tierra, tú eres rey y soberano de todo. De ti viene la riqueza y la gloria, tú eres Señor del universo, en tu mano está el poder y la fuerza, tú engrandesces y confortas a todos. Por eso, Dios nuestro, nosotros te damos gracias, alabando tu nombre glorioso. Pues ¿quién soy yo y quién es mi pueblo para poder ofrecerte estos donativos? Todo viene de ti y te damos lo que hemos recibido de tus manos. ***Ante ti somos forasteros y huéspedes, como nuestros padres.*** Nuestra vida terrena es como una sombra sin esperanza. (29, 10-15)

Para concluir estos breves apuntes en el Antiguo Testamento, oremos un momento en silencio con el salmo 146 (145):

¡Aleluya! Alaba, alma mía, al Señor: alabaré al Señor mientras viva, tañeré para mi Dios mientras exista. No confiéis en los príncipes, seres de polvo que no pueden salvar; exhalan el espíritu y vuelven al polvo, ese día perecen sus planes. Dichoso a quien auxilia el Dios de Jacob, el que espera en el Señor, su Dios, que hizo el cielo y la tierra, el mar y cuanto hay en él; que mantiene su fidelidad perpetuamente, que hace justicia a los oprimidos, que da pan a los hambrientos. El Señor liberta a los cautivos, el Señor abre los ojos al ciego, el Señor endereza a los que ya se doblan, el Señor ama a los justos. ***El Señor guarda a los peregrinos***, sustenta al huérfano y a la viuda y trastorna el camino de los malvados. El Señor reina eternamente, tu Dios, Sión, de edad en edad. ¡Aleluya!

2.- El Nuevo Testamento

Para comprender la condición de peregrino del pueblo de la nueva alianza, esto es, del pueblo formado por judíos y gentiles, me parece importante contemplar la peregrinación de Jesucristo, su Cabeza. La Iglesia, puesto que es el Cuerpo de Cristo según la fe apostólica, no puede recorrer un camino diferente al de su Cabeza. Y esto es verdad tanto para la comunidad eclesial, como para cada uno de sus miembros. La Iglesia está llamada a peregrinar en Cristo.

Como me dirijo a personas de fe, agraciadas con un carisma sacerdotal, expongo brevemente la peregrinación del Verbo de Dios, el Mediador único de la nueva y eterna alianza, el que de los dos pueblos irreconciliables ha hecho un solo pueblo. (cf. Ef 2, 11-22)

2.1.- La peregrinación del Hijo de Dios

El misterio de la encarnación se presenta como una verdadera peregrinación hacia los últimos de este mundo. «El Verbo se hizo carne» (Jn 1, 14), fue enviado en una carne semejante a la del pecado (Rom 8, 3). Se despojó de su condición divina y asumió la condición de peregrino, la propia de la carne. Entró en la historia, hasta tal punto, que cargó con el pecado de la humanidad. Es la peregrinación propia del amor divino. Así lo atestigua la fe apostólica. El misterio de la encarnación revela el dinamismo y hondura del agapé divino:

Porque nos apremia el amor de Cristo al considerar que, si uno murió por todos, todos murieron. Y Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos. De modo que nosotros desde ahora no conocemos a nadie según la carne; si alguna vez conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos así. Por tanto, si alguno está en Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo. Todo procede de Dios, que nos reconcilió consigo por medio de Cristo y nos encargó el ministerio de la reconciliación. Porque Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirles cuenta de sus pecados, y ha puesto en nosotros el mensaje de la reconciliación. Por eso, nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios. Al que no conocía el pecado, lo hizo pecado en favor nuestro, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en él. (2Cor 5, 14-21)

El Hijo, enviado por el Padre en el Espíritu de la verdad y santidad, descendió hasta los últimos, para abrir la puerta por la que todos tienen en la fe acceso al Padre. Mediante la cruz, además, destruyó el muro de la enemistad, para hacer de los dos pueblos irreconciliables una nueva creación. La reconciliación con Dios recrea la fraternidad entre los pueblos de la tierra. Ahora el que está en Cristo es una nueva criatura.

El Verbo de Dios habitó en la tierra, pero no se instaló en ella. Vino a reunir a los hijos de Dios dispersos, para que iniciasen en él, con él y como él su peregrinación hacia el Padre. En la medida que la comunidad eclesial y sus miembros se instalan en el mundo, dejan de vivir en Cristo, aun cuando en apariencia sean muy religiosos. El que quiere vivir en Cristo, está llamado a compartir su condición de peregrino en la tierra. Jesús vino del Padre y volvió al Padre, abrazando a los últimos del mundo, recorriendo la senda propia del Siervo, del maldito del madero.

Los creyentes en Jesucristo, sumergidos hoy en una sociedad cada vez más plural, fluida y global, corremos el peligro de olvidar el misterio de encarnación redentora, con lo que tiene de escándalo y necesidad, para judíos y griegos, para todos los llamados a ser una nueva creación en Jesucristo y este crucificado. El Verbo encarnado es mucho más que un profeta o un simple maestro de sabiduría y ética o el fundador de la mejor de las religiones. Jesucristo es el Salvador de la humanidad. Él ha peregrinado a través de la carne y de la cruz, para dar la vida nueva al mundo. En su sangre, Dios Padre nos estaba reconciliando consigo. La fe subraya así la iniciativa de un Dios que peregrina con su pueblo, que no cesa de salir en busca de sus hijos, que nos ama y reúne en la mesa del banquete de su reino. En los Hechos de los Apóstoles, la fe apostólica afirma:

Entonces Pedro, lleno de Espíritu Santo, les dijo: «Jefes del pueblo y ancianos: Porque le hemos hecho un favor a un enfermo, nos interrogáis hoy para averiguar qué poder ha curado a ese hombre; quede bien claro a todos vosotros y a todo Israel que ha sido el Nombre de Jesucristo el Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos; por este Nombre, se presenta este sano ante vosotros. Él es la piedra que desechasteis vosotros, los arquitectos, y que se ha convertido en piedra angular; no hay salvación en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres otro nombre por el que debemos salvarnos». (Hch 4, 8-12)

En Jesús podemos contemplar y admirar al verdadero peregrino del amor. Por amor viene del Padre y sostenido por el Espíritu vuelve al Padre con todos aquellos que han creído o creerán, pues con todos se unió al asumir nuestra carne y por todos murió, a fin que los que crean resuciten en él para la vida sin ocaso. En efecto, el Verbo encarnado a través de su peregrinación en la carne nos recreó como nuevas criaturas, dándonos a conocer nuestro verdadero origen y destino. «Él es el camino, la verdad y la vida». Los peregrinos de la fe conocemos ahora el destino y el camino a seguir, con toda certeza y seguridad. La fe es garantía de lo que esperamos. Y esto sin equivocación posible, siempre y cuando confiemos en la Palabra hecha carne. Cristo, muerto y resucitado, encabeza nuestra peregrinación.

2.2.- La peregrinación de la comunidad de los discípulos

Centremos ahora nuestra contemplación en la comunidad de los peregrinos, llamada a recorrer el camino en Cristo, el peregrino divino. Él es el camino hacia el Padre. Él nos revela la verdad de ser amados. Él es nuestra vida, pues ha resucitado como primicia de los creyentes. Veamos lo que nos dice el peregrino divino a través de la palabra apostólica.

La carta a los Hebreos, meditando sobre el itinerario de los creyentes del Antiguo Testamento hace una afirmación muy interesante sobre la conciencia que los antepasados del pueblo de las alianzas tuvieron de ser huéspedes (forasteros, extranjeros), y peregrinos en la tierra. Así dice de ellos:

Con fe murieron todos estos, sin haber recibido las promesas, sino viéndolas y saludándolas de lejos, *confesando que eran huéspedes y peregrinos en la tierra*. Es claro que los que así hablan están buscando una patria; pues si añoraban la patria de donde habían salido, estaban a tiempo para volver. Pero ellos ansiaban una patria mejor, la del cielo. Por eso Dios no tiene reparo en llamarse su Dios: porque les tenía preparada una ciudad. (Heb 11, 13-16)

El autor de la carta nos invita a meditar con sencillez y hondura. Los peregrinos de la fe estaban en búsqueda de una patria nueva y definitiva, pues si hubiesen añorado la patria de donde habían salido, como era el caso de Abrahán, estaban siempre a tiempo de volver a ella. Ellos ansiaban una patria nueva y definitiva. Se sentían en la tierra como huéspedes y peregrinos. Dicho de forma sencilla. Su patria no era la tierra, de la que había sido formado el ser humano, sino el cielo de acuerdo con la promesa profética. Y hacia él se encaminan fiados en la palabra divina.

El creyente verdadero cree que la palabra de Dios es «performativa», esto es, que tiene poder para realizar lo que enuncia. Por ello en la tierra está llamado a comportarse como advenedizo. Su destino no es la tierra, sino el cielo. La tierra precede al hombre, pues de su polvo fue modelado, pero Dios lo creó y modeló para la vida en él y con él. Así lo afirma la fe. Esta es la verdad revelada en Jesucristo. La fe en la palabra-promesa de Dios es el bastón del peregrino.

La condición de forasteros, extranjeros y peregrinos de los creyentes y de la comunidad eclesial se recalca de forma especial en la primera carta de Pedro. He aquí una afirmaciones luminosas de la máxima importancia, para comprender y vivir nuestra condición de peregrinos:

Pedro, apóstol de Jesucristo, a los elegidos, los peregrinos de la diáspora en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, conforme al previo conocimiento de Dios Padre, mediante la santificación con el Espíritu, por la obediencia y la aspersión de la sangre de Jesucristo: a vosotros, gracia y paz abundantes. (1P 1, 1-2)

Queridos míos, como a extranjeros y peregrinos, os hago una llamada a que os apartéis de esos bajos deseos que combaten contra el alma. Que vuestra conducta entre los gentiles sea buena, para que, cuando os calumnien como si fuerais malhechores, fijándose en vuestras buenas obras, den gloria a Dios el día de su venida. Someteos por causa del Señor a toda criatura humana, lo mismo al rey, como soberano, que a los gobernadores, que son como enviados por él para castigo de los malhechores y aprobación, en cambio, de los que hacen el bien. Porque esa es la voluntad de Dios: que haciendo el bien tapéis la boca a la estupidez de los hombres ignorantes. Como personas libres, es decir, no usando la libertad como tapadera para el mal, sino como siervos de Dios, mostrad estima hacia todos, amad a la comunidad fraternal, temed a Dios, mostrad estima hacia el rey. (1P 2, 11-17)

La comunidad de los cristianos está llamada a ser un signo en medio de los pueblos de la tierra. No para dominar o colonizar el mundo, como a veces pudo comprenderse, sino para invitar a todos a recorrer el camino que lleva a la plenitud de la vida sin ocaso. En esta perspectiva, conviene releer, una vez más, la carta a Diogneto sobre los cristianos en el mundo.

Los cristianos no se distinguen de los demás hombres, ni por el lugar en que viven, ni por su lenguaje, ni por sus costumbres. Ellos, en efecto, no tienen ciudades propias, ni utilizan un hablar insólito, ni llevan un género de vida distinto. Su sistema doctrinal no ha sido inventado gracias al talento y especulación de hombres estudiosos, ni profesan, como otros, una enseñanza basada en autoridad de hombres.

Viven en ciudades griegas y bárbaras, según les cupo en suerte, siguen las costumbres de los habitantes del país, tanto en el vestir como en todo su estilo de vida y, sin embargo, dan muestras de un tenor de vida

admirable y, a juicio de todos, increíble. Habitan en su propia patria, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña. Igual que todos, se casan y engendran hijos, pero no se deshacen de los hijos que conciben. Tienen la mesa en común, pero no el lecho.

Viven en la carne, pero no según la carne. Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el Cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes. Aman a todos, y todos los persiguen. Se los condena sin conocerlos. Se les da muerte, y con ello reciben la vida. Son pobres, y enriquecen a muchos; carecen de todo, y abundan en todo. Sufren la deshonra, y ello les sirve de gloria; sufren detrimento en su fama, y ello atestigua su justicia. Son maldecidos, y bendicen; son tratados con ignominia, y ellos, a cambio, devuelven honor. Hacen el bien, y son castigados como malhechores; y, al ser castigados a muerte, se alegran como si se les diera la vida. Los judíos los combaten como a extraños y los gentiles los persiguen, y, sin embargo, los mismos que los aborrecen no saben explicar el motivo de su enemistad.

Para decirlo en pocas palabras: los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo. El alma, en efecto, se halla esparcida por todos los miembros del cuerpo; así también los cristianos se encuentran dispersos por todas las ciudades del mundo. El alma habita en el cuerpo, pero no procede del cuerpo; los cristianos viven en el mundo, pero no son del mundo. El alma invisible está encerrada en la cárcel del cuerpo visible; los cristianos viven visiblemente en el mundo, pero su religión es invisible. La carne aborrece y combate al alma, sin haber recibido de ella agravio alguno, sólo porque le impide disfrutar de los placeres; también el mundo aborrece a los cristianos, sin haber recibido agravio de ellos, porque se oponen a sus placeres.

El alma ama al cuerpo y a sus miembros, a pesar de que éste la aborrece; también los cristianos aman a los que los odian. El alma está encerrada en el cuerpo, pero es ella la que mantiene unido el cuerpo; también los cristianos se hallan retenidos en el mundo como en una cárcel, pero ellos son los que mantienen la trabazón del mundo. El alma inmortal habita en una tienda mortal; también los cristianos viven como peregrinos en moradas corruptibles, mientras esperan la incorrupción celestial. El alma se perfecciona con la mortificación en el comer y beber; también los cristianos, constantemente mortificados, se multiplican más y más. Tan importante es el puesto que Dios les ha asignado, del que no les es lícito desertar." De la *Carta a Diogneto* (Cap. 5-6)

Interesante resulta también, recordar la etimología de la palabra parroquia y sus derivados. Esta procede del término paroikía o bien del verbo paroikéo, que en el griego clásico significa «vivir junto a». En la traducción griega del Antiguo Testamento (LXX) significaba vivir como forastero, extranjero o peregrinar (la Vulgata). Así sucede en Lc 24, 18 (paroikéis, peregrinus, forastero) cuando los discípulos de Emaús le preguntan a Jesús si es el único forastero o peregrino. En el Antiguo Testamento, la paroikía es la comunidad que vive en un país extranjero sin derecho de ciudadanía (2R 4, 3; Gen 12, 10; 19, 9; Ex 6, 4). Y así se presenta de alguna forma también en el Nuevo Testamento (Hb 11, 9-10; Hch 13, 17). 1P 1, 17 habla del tiempo de la peregrinación. El término pároikos (extranjero, residente en tierra extraña Hch 7, 6 → Gen 15, 13; Hch 7, 29 → Ex 2, 15.22; Ef 2, 19 muestra el paso a ser ciudadanos del cielo; 1P 2, 11 pároikoi kai parepídemos los cristianos viven en la condición escatológica de ser extranjeros)

Lo que queda claro a través de este pequeño recorrido es la conciencia de la comunidad apostólica de estar en camino hacia la patria, así como la llamada a ser signo e instrumento del amor de Dios en la tierra. Vaticano II al hablar de la presencia de la Iglesia en el mundo lo hace desde la perspectiva de la sacramentalidad. Volveremos sobre ello en otra meditación. Ahora baste señalar que somos peregrinos y, por tanto, no podemos instalarnos en el mundo.

II.- CONSAGRADOS EN LA SECULARIDAD

A la luz de este breve recorrido por la Biblia sobre el significado y sentido del peregrino, surge una cuestión para la comunidad cristiana y más en particular para las personas consagradas en la secularidad. ¿No estamos llamados a evangelizar las personas, la cultura y los pueblos como desde dentro, según recordó Pablo VI? ¿Cómo ser ciudadanos del mundo en nuestra condición de «ciudadanos del cielo»? ¿Qué implica vivir la secularidad como peregrinos y forasteros?

1.- La conciencia de ser convocado a la vida sin ocaso.

El peregrino bíblico camina con la conciencia de ser convocado por la palabra del Creador, para una vida sin ocaso. La creación es obra de Dios, el cual crea por la Palabra de la vida, nos modela por sus manos a partir del polvo de la tierra e insufla «en su nariz el aliento de vida; y el hombre se convirtió en ser vivo». El Creador colocó al hombre «en el jardín de Edén, para que lo guardara y cultivará». Creado varón y mujer, Dios bendijo al hombre y le dijo: «Sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra». Entregó el futuro de su creación al cuidado del ser humano. En una palabra, Dios creó para la vida y no para la muerte; pero la desobediencia y rebelión del hombre introdujo la muerte. La mentira del tentador se halla en la raíz de la pretendida autonomía del ser humano, es decir, como si él fuera la fuente de la vida.

La consagración en la secularidad, por tanto, es una afirmación radical de esta verdad: Dios es la fuente de la vida. Él es quien convoca a la existencia. Él le ha confiado al ser humano el cuidado de su creación. Desde esta perspectiva, se entiende que la creación corra la suerte misma de los hijos de Dios, como afirma el apóstol Pablo:

Pues considero que los sufrimientos de ahora no se pueden comparar con la gloria que un día se nos manifestará. Porque la creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios; en efecto, la creación fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por aquel que la sometió, con la esperanza de que la creación misma sería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta hoy toda la creación está gimiendo y sufre dolores de parto. Y no solo eso, sino que también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, aguardando la adopción filial, la redención de nuestro cuerpo. (Rom 8, 18-23)

El peregrino bíblico no conoce de antemano cómo Dios llevará su designio de vida y no de muerte. Como recuerda el profeta Isaías sus planes y caminos, sus tiempos y modos, son muy diferentes a los de los hombres. Jesús le reprochó a Pedro que pensaba como los hombres y no como Dios. Pero tuvo a bien, en su benevolencia, revelarnos su designio en Cristo Jesús, como afirma el apóstol:

En él, por su sangre, tenemos la redención, el perdón de los pecados, conforme a la riqueza de la gracia que en su sabiduría y prudencia ha derrochado sobre nosotros, dándonos a conocer el misterio de su voluntad: el plan que había proyectado realizar por Cristo, en la plenitud de los tiempos: recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra. (Ef 1, 7-10)

El consagrado en la secularidad, por tanto, se entrega a esta verdad y a través de su existencia y de su acción trata de contagiarla, de testimoniar que estamos de camino hacia la vida en plenitud, pues Dios, a diferencia de los ídolos, nos convoca a la vida en plenitud, aun cuando la razón humana no

pueda imaginarla. La razón humana no es creadora de la vida, aun cuando se sirva de la vida en la medida que la descubre de forma progresiva.

2.- *Servidores de la vida como siervos.*

Los peregrinos del Nuevo Testamento sabemos, pues así nos lo ha revelado el Señor del cielo y tierra, que la Palabra creadora de la vida se hizo carne, para que la carne fuera recreada para la vida sin ocaso y, en ella, la creación entera. Los peregrinos de la fe estamos llamados a vivir y compartir, de palabra y obra, esta revelación en el devenir de la historia. Y esto como siervos del Siervo. Ahora bien, esto no siempre se entiende. El tentador propone hacerlo desde la fuerza y el poder, al estilo de los ídolos del mundo. La mundanidad nos impide ver el camino del Siervo, que ha venido a hacernos partícipes de la misma vida divina. Así presenta la segunda carta de Pedro esta verdad maravillosa:

Pues su poder divino nos ha concedido todo lo que conduce a la vida y a la piedad, mediante el conocimiento del que nos ha llamado con su propia gloria y potencia, con las cuales se nos han concedido las preciosas y sublimes promesas, para que, por medio de ellas, seáis partícipes de la naturaleza divina, escapando de la corrupción que reina en el mundo por la ambición; en vista de ello, poned todo empeño en añadir a vuestra fe la virtud, a la virtud el conocimiento, al conocimiento la templanza, a la templanza la paciencia, a la paciencia la piedad, a la piedad el cariño fraterno, y al cariño fraterno el amor. (2P 1, 3-7)

El Dios de la Biblia se presenta como la fuente de toda vida. Enviando a su Unigénito en la carne, nos muestra el camino de la vida sin ocaso. Una vida que brota de la Pascua del Hijo. El Siervo da vida muriendo, como el grano de trigo. Y este es también el camino de quienes en Cristo viven la dinámica del misterio de la encarnación. El Hijo entró en el espesor de la historia, en la condición de siervo, para recrear la vida y para asociar a la carne al don de la vida. Si el carisma de la vida religiosa, en el marco de la cristiandad, era un signo y una llamada para recordar a la comunidad cristiana, en particular, y al mundo, la perspectiva escatológica de la existencia, la consagración secular acentúa cómo la naturaleza secular de la Iglesia y del mundo puede y debe ser vivida según el designio de recapitular todo en Cristo, «para que seamos alabanza de su gloria». Y esto es posible ya que se nos ha dado el Espíritu Santo, prenda de nuestra herencia. Siervos en el Siervo, para compartir vida nueva a cuantos se abran por la fe al reino de Dios.

3.- *Avanzar por la senda de la provisionalidad.*

El hombre bíblico es, ante todo, un peregrino que no puede instalarse en el mundo. Y esta verdad debe ser proclamada, con su vida y palabra, por el consagrado en la secularidad. El hombre no puede decidir de sus días, pues no dependen de él. El pueblo es necio cuando se olvida de Dios como la fuente de todo don. (cf. Dt 32, 6)

Jesús, el peregrino por excelencia, se halla siempre de camino hacia el Padre. Está vuelto hacia el Padre. Enviado por el Padre al mundo, vivió así su peregrinación terrestre. Por los caminos y encrucijadas, anunció la llegada del reino de Dios. En una de sus parábolas recuerda que el hombre se comporta como un necio, cuando se instala en los bienes de este mundo.

Y les propuso una parábola: «Las tierras de un hombre rico produjeron una gran cosecha. Y empezó a echar cálculos, diciéndose: “¿Qué haré? No tengo donde almacenar la cosecha”. Y se dijo: “Haré lo siguiente: derribaré los graneros y construiré otros más grandes, y almacenaré allí todo el trigo y mis

bienes. Y entonces me diré a mí mismo: Alma mía, tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe, banquetea alegremente”. Pero Dios le dijo: “Necio, esta noche te van a reclamar el alma, y ¿de quién será lo que has preparado?”. Así es el que atesora para sí y no es rico ante Dios». (Lc 12, 16-21)

Jesús presenta también como necio el que edifica su vida sobre las arenas movedizas del mundo, en lugar de hacerlo sobre la Palabra de la vida sin ocaso. Es muy interesante notarlo, pues estamos ante la paradoja de la existencia humana. Vivir la existencia en la dinámica de la provisionalidad es posible para quienes construyen sobre el cimiento de la palabra de la vida.

El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y descargaron contra la casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada sobre roca. El que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica se parece a aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y rompieron contra la casa, y se derrumbó. Y su ruina fue grande». (Mt 7, 24-27)

En una palabra, el peregrino de la Biblia vive la existencia terrena desde la provisionalidad, pero al servicio del designio divino, apoyado en la Palabra de la vida y guiado por el Espíritu de la verdad, y participando así en la vida del Dios inmortal y Padre de Nuestro Señor Jesucristo. Vivamos la provisionalidad, para participar en el banquete sin ocaso del reino de Dios.